

CAUCIONES EPISTEMOLÓGICAS PARA EL TRABAJO SOBRE IMAGINARIOS URBANOS

ARIEL GRAVANO*

INTRODUCCIÓN

En este artículo me propongo presentar una sistematización de lo que denomino *cauciones epistemológicas* respecto al trabajo analítico sobre imaginarios urbanos.

La ubicación de este texto al final del libro y el hecho de que no se trate del desarrollo de un caso podrían interpretarse como un intento de exponer un sentido conclusivo de los aportes incluidos en la compilación. Vale entonces anticipar que este trabajo¹ pretende proyectarse más hacia próximas investigaciones que situarse con ánimo de inventario analítico de la teoría sobre imaginarios urbanos (que desarrollan varios de los trabajos de la compilación) o de reseña del volumen (que realiza mi par en la edición de este libro, la doctora Paula Vera), aunque en algún caso se citen artículos que seguramente el lector acaba de visitar. Dicho esto, expongo mi propuesta.

Utilizo el término *caución* en el sentido de una prevención, cautela o cuidado ante eventuales *riesgos*, que tiene como efecto deseado el contraste crítico y la evitación o minimización de esos riesgos. Defino lo epistemológico como una instancia de práctica reflexiva sobre los principios y condiciones de construcción de conocimiento científico, que insoslayablemente incluye la imbricación con lo teórico y con lo metodológico.

Voy a exponer un cuadro relativamente arbitrario de cauciones. Lo ofrezco como un esbozo que seguramente ameritará otros tratamientos y desarrollos. Anticipo, desde ya, mi enfoque histórico-estructural sobre el estudio de lo urbano e histórico-semiótico acerca de lo imaginario, constituidos y pensados como una unidad dialéctica².

El énfasis en lo epistemológico se justifica por el carácter movilizador de la interpelación que estas dos categorías producen en las disciplinas específicas del amplio campo de las ciencias sociales y humanas.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Argentina.

1 Una primera aproximación a este tema lo expuse en una ponencia presentada el 18 de agosto de 2017 en las VI Jornadas de Antropología Social del Centro Bonaerense, en Olavarría, Provincia de Buenos Aires, Argentina, en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

2 Lo desarrollo en Gravano, 2003, 2005a, 2006, 2009, 2011, 2012a, 2012b, 2013, 2016a, 2016b, 2016c.

En términos esquemáticos, las cauciones que expongo a continuación se eslabonan con sus respectivos riesgos ante los cuales podrían aplicarse y las *opciones* a obtener de esas aplicaciones.

CAUCIÓN CONTRA LA *TERMINOLOGITIS*

Respecto del primer componente de la fórmula, *imaginarios*, suelen emerger disyuntivas un tanto dilemáticas sobre su uso, en contraste o alternancia con conceptos como ideologías, subjetividades, representaciones, percepciones, cosmovisiones, vivencias, experiencias, sentidos, creencias, mentalidades, moralidades, entre otros. En ámbitos académicos es frecuente presenciar discusiones en torno a objetos particulares con preguntas del tipo: “¿eso de lo que usted habla es imaginario o representación?”, “¿cuál es la diferencia entre imaginario e ideología?”, “¿es imaginario o subjetividad?”. Muchas veces, además de entablar el intercambio en términos de dilemas sobre el verdadero o más preciso uso de las palabras y las categorías, estas disyuntivas se disimulan, en aras de una *confusión* entre esas palabras y las realidades mentadas en ellas. Es recurrente pedir o proponer precisiones y límites al extremo de intentar encontrar una correspondencia ontológica entre esos contornos conceptuales y las realidades, y así servirse de esas (in)exactitudes para fundamentar los usos de las palabras y, en general, volver circularmente a empezar. Parafraseando al escritor e historietista Roberto Fontanarrosa, sería como si las palabras *tuviessen la culpa*.

Esta caución apunta a no caer en el temor a los significados multívocos o en la obsesión por los usos “precisos”³, porque las categorías puedan encimar sus sentidos, solaparse y producir, de este modo, una polifonía que será disonante si no se le presta atención a la discusión de fondo, más epistemológica y política que terminológica y semántica⁴. En rigor, la yuxtaposición o el riesgo de ambigüedad son momentos necesarios para la realización dialéctica de un concepto mediante el ejercicio de la problematización y la redefinición, crucial en cada objeto y cada análisis. Esto no significa menospreciar el intento de precisar el alcance de los términos en uso, sino tomar distancia de los efectos de extremar la importancia de la precisión como variable independiente y ahistórica, porque suele correrse el riesgo de soslayar las cuestiones ideológicas, epistemológicas y teóricas que las mismas imprecisiones pueden desatar positivamente en torno al eje de lo general y lo específico de cada categoría⁵.

3 En este mismo volumen, es posible encontrar un abordaje respecto a la “imprecisión” en el trabajo de Alfredo Santillán.

4 La mayoría de los autores toma como punto de partida “el carácter polisémico de la noción de imaginario urbano” (Gorelik, 2002), aunque más específicamente respecto al componente imaginario que el urbano, ya que —como se verá en la segunda caución— este concepto es el más naturalizado como escenario físico-espacial, sin su perfil signficacional.

5 Terry Eagleton alerta sobre este riesgo respecto de otro concepto ‘impreciso’, cultura: “Por el contrario, este carácter nebuloso es en alguna medida necesario. La cultura [como el imaginario, podría agregarse] no puede definirse con precisión porque su esencia radica en trascender lo específico” (2017^a, p. 113).

El mercado de circulación de categorías suele ordenarse en función del albedrío de usos al calor de las modas académicas, que en realidad implican luchas por los sentidos generales y significados específicos que se dan entre racionalidades de perfiles tanto conservadores cuanto innovadores a ultranza. Entre los primeros puede ejemplificarse el atrincheramiento en los encorsetamientos disciplinares, y los segundos se suben orondos a las modas como emblemas descalificadores del tipo “de eso ya no se habla más (o no se *debe* hablar), ahora se llama...”. Ambos comparten el eje común de proponer bisagras de puertas más para cerrar que para permitir el paso a la reflexión⁶.

Tanto el nicho disciplinar cuanto el innovacionismo descalificador representan pujas de poder que se presentan como terminológicas, pero que en el fondo terminan (o empiezan incluso) obturando —desde la hegemonía— debates conceptuales más explícitos y críticos. Algo que me recuerda la “enfermedad” que Ralph Steele Boggs (1955) llamó “terminologitis”, para criticar cierto academicismo productor de sagas interminables de aclaraciones sobre aclaraciones terminológicas con escaso valor problematizador.

Otra forma de aflorar la circunvalación léxica respecto a lo imaginario es cierto barroquismo discursivo, donde se manifiestan paradójicamente raíces tan vergonzantemente iluministas como invocadamente posmodernas. Es abundante este retoricismo abstracto aplicado a repetidos encuadres teóricos del concepto de imaginario o imaginarios⁷ y también proyectado a lo urbano y a la ciudad.

No pocos intercambios interdisciplinares comienzan con el ensanchamiento de brechas del estilo: “concebir a la metrópolis como parámetro o modelo de ciudad, que usted incluye en el imaginario urbano, es lo que en sociología definiera Robert Merton como ‘grupo de referencia’”, escuché de un miembro de la RIIR en uno de nuestros debates, con lo que el efecto (no conscientemente deseado, creo) fue que las dimensiones *socio*-vinculares (implicadas en la categoría grupo) y *antropo*-simbólicas (implicadas en la categoría imaginario) quedaran en ambas orillas de una grieta disciplinar. Más que grupo de referencia, este tipo de intercambio comparativo lo que podría estar mostrando es una *autorreferencia disciplinar*, como un intento de familiarización de lo que quizá interpele como novedoso, pero que, en el fondo, parece provocar competencia y descalificación.

En su obra *Espacios del capital*, David Harvey sintetiza el origen de esta fiebre disciplinarista y de especialización contemporánea y su sentido profundo. De acuerdo con Carlos Marx, Harvey afirma que existe una relación dialéctica antagonica entre el pensamiento científico cuya representación de la realidad tiene como origen el punto de vista *necesario para el capital*, y el crítico, que se le opone. La ciencia burguesa promueve para esto la autonomía intelectual de la investigación social, pero condicionada a que no florezcan desde ella vetas de pensamiento que resulten demasiado movilizados respecto al orden

6 Adrián Gorelik se lamenta de lo que llama “vagabundeo” de “los estudios culturales urbanos” frente a carencias teóricas: “tal vez los estudios culturales sobre los imaginarios urbanos deban ser leídos hoy no tanto para entender la ciudad y la sociedad urbanas, sino para entender cómo se está produciendo nuestro propio imaginario urbano, el de la tribu global académica” (2002, p. 8).

7 El uso del plural de imaginario urbano es el resultado de la inclinación posmoderna hiperrelativista que ponderó las fragmentaciones frente a la visión de totalidad histórica de los que pasaron a impugnarse como grandes relatos (Eagleton, 1997; 2017b; Harvey, 1989; Jameson, 1998).

social existente. Es por esto que “la actitud analítica y empírica que domina en la ciencia social burguesa conduce inevitablemente a una excesiva fragmentación del conocimiento” (Harvey, 2007, p. 84). Pero no solo eso: “Las fragmentaciones empiezan con la formación de disciplinas y sub-disciplinas, y continúan hacia las ‘áreas de especialización’”, que producen especies de derechos de propiedad de verdaderos territorios disciplinares con carteles de ‘prohibida la entrada’. La consecuencia es una pérdida de la visión de totalidad epistemológica e histórica, que en gran medida impulsa esta propuesta para el trabajo.

Immanuel Wallerstein ha impugnado la compartimentación del conocimiento en disciplinas y especialidades de las ciencias sociales e históricas que obstaculizan la producción científica y sobre todo su aprovechamiento para las luchas de los pueblos (2006)⁸. Y es necesario agregar que la mercantilización del sistema de ciencia y técnica hegemónico desde los centros dominantes, con la apropiación del trabajo científico cristalizado en la industria del *paper*, redundó en la reproducción acrítica y el empobrecimiento de los aportes a la transformación.

En realidad, esta caución respecto al refugio burgués en los nichos disciplinares, como fuente de la hipercategorización y de la terminologitis, podría recorrer como un eje transversal todo este trabajo, en un intento por reivindicar —junto a estos autores críticos— las categorías que atraviesan tanto los riesgos cuanto las opciones dentro de cada caución: la *totalidad* y la *contradicción*. Harvey afirma taxativamente que todo análisis de un objeto (se refiere a lo urbano) debe transitar la segmentación analítica de sus componentes, pero centrándose en sus relaciones con la totalidad concreta, con eje en la dialéctica y en el principio de contradicción interna, lejos de las restricciones de la abstracción idealista o, mejor dicho, *contraesta*.

La opción para esta caución es, además de no echarle la culpa ni a las palabras ni a las disciplinas, historizar las emergencias y usos de los conceptos, con menos temor al solapamiento o la redefinición continua, intentando superar así la búsqueda de significados esgrimidos o pretendidos como unívocos, ahistóricos y osificados (Harvey, 2007, p. 84).

Y también es posible apelar, como opción, a la consabida pareja de posibilidades de sentido o de uso de cualquier concepto: *restringido* y *amplio*, en combinación con el eje metodológico del ascenso *de lo abstracto a lo concreto*.⁹ La articulación de ambas relaciones epistemológicas puede permitir caucionar respecto al concepto de imaginario urbano.

Si se toma lo imaginario en términos restringidos¹⁰ es necesario discurrir sobre las diferencias con conceptos afines (ideología, subjetividades, representaciones, mentalidades,

8 En correspondencia, son destacables algunos señalamientos, como el de Néstor García Canclini respecto al estudio de los imaginarios (en Lindón, 2007), cuando critica la orientación disciplinaria cerrada de sociólogos y antropólogos; más recientemente, Héctor Palma (2017) destaca los “límites difusos” como más aptos para el avance de procesos de objetivación sobre imaginarios; Eduardo Menéndez reclama a la par la necesidad de diálogos inter-disciplinarios (Menéndez, 2012: 50) y Tim Ingold reivindica para la antropología su papel original como “disciplina anti-disciplinaria” (2013).

9 Para el método de ascenso de lo abstracto a lo concreto ver Marx, 1964.

10 Me refiero puntualmente a las definiciones más recurrentes y conocidas de Jacques Lacan y Cornelius Castoriadis, con referencias que se pueden hallar en los trabajos de esta misma compilación de Paula Vera, Alicia Lindón, Ángel Carretero Pasín, Jorge Gómez Balza y Alfredo Santillán.

etc.), a los que también se podrá distinguir en sus usos restringidos. Pero se puede sumar a esto el análisis de las combinaciones posibles con sus usos amplios ante un objeto de estudio (en este caso, lo urbano). Partir de la relación dialéctica entre el uso más abstracto-restrictivo de las categorías y el sentido amplio permite enriquecer el derrotero analítico y problematizador hacia lo totalizador-concreto que lo contextualiza históricamente. Además, profundiza su valor como herramienta de ruptura y transformación. Lo restringido es lo más abstracto, que pierde posibilidades de actualizarse en un espectro más amplio de significados y referentes y se concentra en la exclusividad de la denotación, más cerrada y específica, necesaria pero no suficiente para una definición históricamente situada.

En cambio, abarcar las inevitables connotaciones, subyacencias, negatividades y contradicciones en el uso de cualquier categoría eleva la profundización hacia lo concreto respecto de la realidad histórica. Como muestra Karel Kósik (1967), a las interconexiones dialécticas de la totalidad concreta no se llega sin trascender el inicial momento del sentido abstracto que aísla los hechos históricos, los descontextualiza y, de esta manera, torna riesgoso el camino hacia el establecimiento de sus determinaciones múltiples.

Los insumos epistemológicos para la opción contra estos riesgos pueden y deben ser tan diversos como amplios. Cuando anuncié en la Introducción mis asunciones desde el enfoque semiótico-histórico sobre lo imaginario, me refería a las basales distinciones de Gottlob Frege entre referente y sentido, a la clásica dupla seassuriana de la oposición y la afinidad para establecer significados, junto a las definiciones por los contextos de uso de Ludwig Wittgenstein, a las tríadas analíticas de Charles Peirce, el concepto de signo ideológico de Valentin Voloshinov y las modelizaciones de lo semiótico cultural de Yuri Lotman, entre otros.

Así, *imaginario* en términos amplios sería lo que designa una dimensión de análisis capaz de establecer (y resultado de) una diferencia, desproporción o no correspondencia entre un referente (en este caso, lo urbano) y su sentido, entre un significante (la ciudad) y su significado, o en las realidades y sus representaciones emergentes (mediante imágenes, discursos, acciones). Todo esto a partir de la *escisión de la mónada* o imaginario *radical*, de acuerdo con Castoriadis, que produce la brecha entre algo que se toma como real y lo imaginario que se construye a partir de esa escisión.

Imaginario como sistema o conjunto de imágenes tomadas no solo en su sentido estricto y más abstracto, sino también en sentido amplio, es resultado (e indicador) de esa brecha que da pie al surgimiento de la conciencia histórica, tal como también lo enuncia —en su sentido general— Maurice Godelier en torno a *lo ideal* (1989) y Carlos Marx en torno al concepto de *trabajo* como transformador de la naturaleza y del propio ser humano (1971: 10), o tal como se define a la cultura en su sentido amplio antropológico (Gravano, 2011). En todos estos afluentes conceptuales lo que resulta común es la *contradicción* como eje de la producción material y simbólica, unidad de la que es insoslayable el concepto de imaginario, en su sentido concreto y amplio.

CAUCIÓN CONTRA EL DICOTOMISMO

Respecto del componente “urbano” del objeto de este trabajo, la dialéctica entre lo restringido (que nos encierra en lo más abstracto) y lo amplio (que nos abre al universo de

lo más concreto) permite cuidarnos de la mirada que atribuye en principio a lo urbano o a la ciudad una mera dimensión físico-espacial. Esto cifra el cruce de paradigmas sobre lo urbano en términos dicotómicos, por un lado, y dialécticos, por el otro. El primero como producto de una asunción positivista, empirista y fisicista y, el segundo, que pone énfasis en la *unidad estructural y simbólica de lo urbano*. Este último es el que enfatiza en la *producción social de formas espaciales* (Lefebvre, 2013; Castells, 1974; Lojkin, 1979) y las experiencias vividas por los habitantes de las ciudades —plasmadas, en parte, en sus imaginarios— en una unidad de contrarios solo posibles de escindir en términos analíticos.

El reduccionismo fisicista expresa la racionalidad dominante del capitalismo respecto al proceso de urbanización como condición necesaria para su reproducción (Harvey, 2013). Se articula con el prejuicio objetivista (en el fondo positivista) de la “obvedad” de la relación de condicionamiento entre el espacio y los comportamientos sociales.

En contra es posible contar con los pioneros planteos de Kevin Lynch, con su concepto de *imaginabilidad* (1966), siguiendo con la definición de David Harvey (1977) sobre la *imaginación espacial* (inspirándose en la clasificación del espacio de Ernest Cassirer) y culminando —para nuestro ámbito latinoamericano— con el reconocido aporte de Armando Silva (1992)¹¹. Esta base possibilitó que en la actualidad la concepción estrecha del espacio como mero ente físico, *sin gente*, esté en crisis aún en las disciplinas más específicamente ocupadas del espacio como la Arquitectura y el Urbanismo, si bien mantiene una posición hegemónica (Sarquis, 1998). No es casual que desde estas visiones críticas se haya ponderado el concepto de imaginario como una dimensión de análisis hoy ya aceptada, aunque más no fuera desde el *marketing*, que la colocó hasta de un modo atractivo para algunos especialistas, como “la ciudad marca” (Mons, 1992).

Esta reconversión es una muestra más de que la contradicción fructífera se da entre modelos epistemológicos y no entre disciplinas. En ocasiones se verifican posiciones en las que el imaginario urbano se presenta con “levedad”¹² y no llega a ser objeto de estudio, al quedar reducido a la opinión acrítica de sus autores, sin referenciación empírica de su vigencia entre actores sociales.

Ni la planificación ni el urbanismo son (como disciplinas) en sí positivistas. En ellas también cabe el enfoque dialéctico e histórico de concebir las dimensiones material y simbólica de lo urbano. Lo que algunos llaman “materialidad de las ciudades” (Santillán, en este volumen) no se reduce a la distinción entre disciplinas técnicas y las ciencias humanas y sociales. El predominio de esas asunciones que imaginan la mera materialidad como único suelo en el que es factible aposentar sus saberes académicos no es exclusivo de las disciplinas técnicas. Nuevamente recuerdo que ni las palabras ni las disciplinas tienen culpas.

Podría decirse que el fisicismo positivista es parte de un imaginario académico reduccionista, en puja con la visión dialéctico-crítica. Y el imaginario urbano es epistemológicamente tan “generoso” que parece incluir en su interior asunciones que hasta lo niegan como categoría de análisis.

11 Hago una reseña de lo que llamo el espacio urbano significacional en Gravano (2016b, pp. 111-128).

12 Como tipificó la colega Mónica Lacarrieu (2007).

El principio de la caución dictaría sintéticamente que *no hay urbe sin imagen de urbe*, ya que conforman una unidad. Pero ¿cómo podemos definir lo urbano en términos histórico-estructurales, apuntando a esta unidad y en desmedro del dicotomismo?

Lo urbano se estructura históricamente a partir del surgimiento de las primeras ciudades, desde hace cinco mil años, por el desarrollo de las fuerzas productivas y la tecnología de almacenamiento de granos, que hacen posible la apropiación del excedente de alimentos por una clase social que se constituye en este mismo proceso de dominio y explotación. Así, se tornan necesarias la centralización institucional del poder y la conformación de un estado administrador de la apropiación, capaz a su vez de proteger, mantener y acrecentar ese poder mediante la fuerza militar. Se produce la edificación material de las ciudades amuralladas para posibilitar la sedentarización y aglomeración de una creciente población, que funciona como fuerza de trabajo de este modo de producción mercantil esclavista. Son forzados migrantes (esclavos en su mayoría) que producen materialmente lo urbano sin gozar de sus beneficios (más allá de su más básica reproducción individual)¹³. En la *polis* la noción de ciudadano (en masculino y solo propietarios) los excluye y naturaliza mediante un imaginario que lima sus heterogeneidades de origen al amparo de identidades urbanas auto-concebidas como centrales y hegemónicamente corporizadas en sistemas religiosos que actúan como instrumentos de homogeneización simbólico-ideológica¹⁴.

Lo que trata de objetivar esta definición es más lo urbano como proceso y como sistema que la mera noción de ciudad. El sistema urbano es el conjunto organizado de (en un sentido amplio) instituciones capaces de propender a la reproducción social por medio de la provisión de consumos colectivos públicos que hacen a la ciudad en su valor de uso, como resultado del proceso genérico de cooperación humana. Esto nos remite a la necesaria imbricación entre las prácticas organizadas y sus significaciones. Aquí reside la importancia de la unidad urbe-imagen, imagen-urbe. No es casual que las ciudades constituyan el indicador de lo civilizado, de lo público y de lo político, a partir de esa constitución histórico-estructural de lo urbano. Esta matriz compone a su vez a sus opuestos: lo bárbaro, lo privado y lo *oikoneano*, o sea, lo contrario a la *polis* que la ciudad representa e instituye como su imagen y realidad.

Imaginario urbano implica, en consecuencia, referir a esta articulación contradictoria entre aquello que lo urbano instaure en la historia y a la vez aquello que lo estructura como proceso de explotación. La relación de totalidad a la que me refiero abarca desde la apropiación del excedente de alimentos por las primeras ciudades amuralladas de la Mesopotamia asiática hasta la actualidad donde el éxodo de refugiados —desde esos mismos

13 “La revolución urbana fue un acontecimiento liberador (...) y constituyó la condición previa para todo futuro progreso de la ciencia y de la tecnología, creando en el terreno económico la primera acumulación de capital necesario para una explotación más completa de los recursos naturales de la tierra y, por lo tanto, para la emancipación del hombre de su dependencia parasitaria de un medio no humano. [Pero] la revolución urbana creó tanta pobreza como prosperidad; el capital requerido, fue acumulado gracias a los ahorros obligatorios de las masas, lo cual es sólo un eufemismo para expresar la explotación de las masas” (Childe, 1968, pp.90-91).

14 La heterogeneidad de procesos en los distintos tipos de ciudades antiguas no obsta para que pueda modelarse el eje central del concepto de lo urbano, tal como se desarrolló en forma específica en Gravano, 2003, pp. 44-57 y 2016b, pp. 55-64.

lugares— es visto por el ojo hegemónico de la OTAN como un *excedente humano* ante el cual se deben erigir nuevas murallas¹⁵.

Volviendo a la caución contra el dicotomismo, parecería haber mayormente consenso en aceptar la importancia de los imaginarios urbanos, pero es recurrente que se dé más en forma abstracta y no siempre dialéctica. Por ejemplo, la dicotomía del modelo de Norbert Elias y John Scotson sobre *establecidos y marginados* (2016) parte de confundir epistemológicamente como realidades dadas las asunciones imaginarias de los actores. Y se corre el riesgo de despojar a esos imaginarios de una dimensión de análisis que los articule con las relaciones estructurales entre ambos polos¹⁶. Así, puede pensarse en “mundos aislados” sobre la base de convertir en algo dado lo que no dejan de ser imágenes contrastivas entre actores que mantienen relaciones estructurales (unos emplean a los otros, por ejemplo) en la totalidad urbana¹⁷.

Y de esta manera se produce el reduccionismo —aparentemente de signo contrario— hacia una dimensión valorativa, moral y tipológicamente *culturalista* de lo urbano, porque cuando la cuestión se focaliza en objetos que requieren de una profundización hacia lo concreto, el cielo conceptual torna a ensombrecerse. Al aparecer interrogantes sobre el uso diferencial del espacio urbano (¿por qué la gente no usa el espacio tal como se lo piensa desde el diseño y las políticas?), sobre los comportamientos disímiles y la valoración de ciertos grupos como disruptivos respecto a supuestas normalidades atribuidas a “regiones morales”¹⁸ emerge la asunción culturalista. Cuando lo que se vuelve problemático es precisamente el espacio, paradójicamente las causas de los problemas pasan a focalizarse en “la gente”.

El dicotomismo renace desde dos afluentes: por un lado, la nunca acallada asunción del determinismo espacial, capaz de condicionar sin mediaciones las conductas sociales, lo que provoca que re-emerja el prejuicio objetivista de la “obviedad” de la relación entre el espacio y los comportamientos sociales, bajo el imperio de la consideración del espacio como variable independiente. Por otro lado —y como su consecuencia—, el interés por los imaginarios tiende a diluirse, pero a su vez se apela a otra asunción que tiene la misma matriz determinista. Es cuando las causas de los problemas urbanos se pasan a nominar con esa especie de caja negra (por lo insondable) y mágica (por lo deshistorizadora) de las “cuestiones culturales”¹⁹.

15 La relación entre lo urbano y los excedentes financieros de la globalización neoliberal la desarrolla Harvey en 2013 y el concepto de excedente urbano lo trato en Gravano, 2016b: 70-73); de los excedentes humanos, por el trato-rechazo a los refugiados del Oriente Medio de parte de Europa se han venido ocupando numerosos autores y en forma creciente en el último año por las políticas de Trump desde Estados Unidos.

16 En el trabajo de Elias y Scotson (2016) de la década de 1950 se encuentra un muestrario de postulados culturalistas y estereotípicos, sorprendentemente con escasísimas referenciaciones empíricas para sostener tamaña ambición de establecer un modelo universal de interacciones vecinales.

17 Guzmán Sandoval, en esta compilación.

18 Lo desarrollo en “Heterotopías morales y palimpsesto urbano” (Gravano, 2017).

19 Lo desarrollo en “La cultura como concepto central de la Antropología” (Gravano, 2008). Ver Bauman (2002) y Eagleton (2017b).

Su muestra más común es la naturalización de lo urbano como “un modo de vida” (acepción común del término *urbanismo*), despojado de su entronque con el proceso de *urbanización*²⁰. Está claro que no toda alusión a la cultura y al modo de vida implican culturalismo. Este es un resultado de la escisión del proceso estructural respecto a las representaciones y valores de los actores, que hoy parece reforzarse en aras de la indeterminación posmoderna, porque difumina la posibilidad de encontrar causas y registrar totalidades, sobre la base de considerar al imaginario como variable independiente²¹.

La fuente de máximo desarrollo del culturalismo urbano fue la producción de los investigadores de la Universidad de Chicago durante su época de esplendor, como los modelos tipológicos de Louis Wirth sobre “el modo de vida urbano” y de Robert Redfield con su sociedad y cultura *folk*, ambos basculando dentro de una misma matriz dicotómica. Lo que más interesaba a los seguidores de Robert Park, empero, era “la ciudad como laboratorio social”, esto es: como cúmulo de problemáticas urbanas donde el acento se ponía en lo anormal, lo patológico y lo disruptivo respecto a consabidas *normalidades* cuya tipificación se adhería al modelo de vida de la clase media blanca norteamericana. La paradoja era que la base de las postulaciones sobre el resalte de las pautas culturales como palancas para explicar esos comportamientos problemáticos era el determinismo espacial urbano, el modelo de los nichos ecológico-socio-culturales: el *slum* o barrio bajo y el *ghetto*. Se establecía así que la ubicación en el espacio determinaba las conductas de sus habitantes. Esa determinación se efectivizaba por medio de la cultura, entendida como estilo de vida, que finalmente resultaba ser un molde autocontenido que marcaba la vida y las identidades asumidas y actuadas por sus “portadores”²².

En el fondo, la combinación del determinismo espacial y el culturalismo tiene hoy plena vigencia en el sentido común hegemónico e incluso legitimización desde marcos disciplinares (o, mejor dicho, disciplinados) proyectados hacia políticas públicas urbanas.

La obra de Max Weber y de los pensadores clásicos ha marcado la relación dicotómica entre la sociedad tradicional y la moderna (Durkheim, Tonnies, Simmel, Toynbee). El dicotomismo se proyecta en el enfoque funcionalista, que acota la mirada a la red de vínculos, interacciones y disputas, reduciendo doblemente el objeto socio-cultural a una dimensión superficial de análisis, donde lo imaginario queda reducido a las representaciones directas de los actores, a la vez que se lo despoja de su relación dialéctica con las determinaciones estructurales (en forma coincidente con lo que se verá en la cuarta caución). Aflora en los estudios urbanos que idealizan el vecinalismo comunitario, también de raíz chicaguense y tiene vasos comunicantes con el idealismo acerca del espacio público, donde se vuelca la matriz neokantiana sobre los imaginarios, preconcebidos como variable independiente de la estructura material y de poder. Incluso se llega a impugnar la asociación entre el análisis de los imaginarios con los enfoques marxistas de la escuela

20 Los estudios clásicos de sociología y antropología de lo urbano definen el urbanismo como el fenómeno resultado del proceso de urbanización (Gravano, 2016b, pp. 179 y 194).

21 Lo desarrollo en Gravano (2016b, pp. 97-110).

22 Lo desarrollo en Gravano (2005b, pp. 41-70).

urbanística histórico-estructural, aduciendo que el propio Marx dejó en un segundo plano lo simbólico (Carretero Pasín, 2003; Licona Valencia, 2003).

Ponderar los imaginarios y la dimensión simbólica no puede obligar a desarticularlos de la dimensión estructural y material sin riesgo de caer en el dicotomismo. Y las intenciones no salvan del dualismo, sobre todo cuando se expresa en forma directa que son *dos* cosas distintas:

“Al tratar de aclarar los procesos de legitimación social es necesario *desvincularse de una concepción materialista* de la sociedad e introducir los aspectos ideales, representativos, imaginarios que impregnan la vida social” (Carretero Pasín, 2003, p. 6; subr. AG).

La sintonía del reduccionismo dualista con la concepción posmoderna no es pura coincidencia, lo mismo que resulta un camino resbaladizo reducir el enfoque marxista histórico-estructural de Lojkin, Lefebvre, Castells, Topalov, Singer o Harvey y al propio Marx a una dimensión económica. Ciertamente es paradójico que los urbanistas marxistas hayan recabado en la dimensión ideológica del espacio y los imaginarios urbanos sin esperar el aporte posmoderno que, en rigor, llegó después. En síntesis, lo imaginario como objeto puede ser utilizado como atajo para omitir lo estructural y la totalidad histórica, en aras de una causa teórica contra el reduccionismo económico. Pero aún si se trata de reivindicar la ponderación de la dimensión de análisis simbólico-imaginaria en términos de una “re-simbolización de la ciudad”, como propone Carretero Pasín (2018), no veo motivo para renunciar a hacerlo en un sentido amplio hacia lo concreto de su unidad dialéctica con lo estructural material.

CAUCIÓN CONTRA LA HOMEOSTASIS SOCIAL

Culturalismo y determinismo espacial también comparten la base ideológica del modelo de la extrapolación a lo social del principio de la homeostasis (de lógica raíz biológica). Se supone a la sociedad en un estado o con una tendencia al equilibrio y la integración, como compuesta de átomos en orden pero en permanente riesgo de dispersión, por lo cual la integridad debe restablecerse como lo hace un organismo ante la acción de un agente patógeno externo.

Esa integración y el funcionamiento orgánico son los parámetros para medir toda distancia con algo que pueda aparecer como conflictivo. La crítica al funcionalismo de la sociología y antropología clásicas ha abundado en el señalamiento de este principio subyacente, que parte de considerar como causas inherentes a esos conflictos a polos opuestos y supuestamente autónomos (como se vio en la caución anterior). *Mecánico vs. orgánico, comunidad vs. sociedad amplia, anomia vs. participación, integración vs. disrupción, e inclusión vs. marginalidad*, son algunas de esas parejas antonómicas que conforman un sistema de dicotomías isomórficas en cuya base se puede detectar el modelo de la homeostasis. Se pierde así la visión de *totalidad histórica* y sus contradicciones internas, donde es más importante la relación mutua de estas *oposiciones en unidad*.

En términos de dimensiones macro, este modelo ideológico se proyecta hacia la forma ahistórica de concebir las relaciones entre mundos tradicionales y modernos, bárbaros y civilizados, rurales y urbanos, subdesarrollados y desarrollados, donde prevalece la idea

de oposición sin dependencia mutua, y cuyo efecto necesario es la autocontención de cada esfera escindida de la otra.

Como ecos de la homeostasis pueden citarse el conductismo y el mecanicismo con que se conciben los comportamientos sociales desde la gestión y planificación urbanas, para los cuales la misma noción de imaginario representa una caución en sí misma.

En trabajos concretos he debido intervenir a partir del uso rupturista del concepto de imaginarios urbanos, incluyendo como sujetos tanto a los actores destinatarios cuanto a los agentes del diseño y gestión urbana. En otros casos, he lidiado, junto a especialistas del urbanismo, con la asunción homeostática del vecinalismo comunitarista de raíz chicaguense, extrapolado al sentido común y esgrimido por actores y agentes en forma indistinta.

En muchos análisis sociales contemporáneos la homeostasis subyace y emerge en el *modelo teórico de las disputas*, cuya raíz epistemológica es la teoría de los juegos, en combinación con un empirio-funcionalismo que permea a todas las ciencias sociales. Categorizar de meras disputas a situaciones sociales conflictivas tiene como riesgo presuponer relaciones de simetría, algo imposible de concebir como real dentro de lo histórico y aun en lo meramente comunicacional, si bien caben convenciones como la de los juegos, literalmente hablando. “La ciudad en disputa”, “el barrio en disputa”, “territorios en disputa” son títulos recurrentes en los últimos años. ¿No podrían pensarse reemplazando “en disputa” por “en juego”?

Las disputas *entre pares* constituían el modo de discutir en las universidades del medioevo, donde lo importante era discurrir sobre el sentido último de las palabras reveladas de la enseñanza monacal. Con la modernidad, en cambio, predominó la palabra teóricamente hegemónica en pos de la verdad, fuera de la voz de la providencia. En un caso prevalece la aparente horizontalidad discursiva —aunque ciertamente banal— y en el otro la verticalidad iluminista y la toma de partido como principio de la construcción de verdad científica (Gravano, 2013).

Como no abundan los sustentos teóricos del uso y abuso de la categoría, el riesgo radica en que prevalezca el relativismo al que lleva esta idea de una competencia entre pares. Así, hablar, por ejemplo, de “imaginarios en disputa”, como lo contrario al consenso, (Lacarrieu, 2007, pp. 47 y 55), si bien no implica en forma directa asentarse en una premisa homeostática, da pocas posibilidades de pensar esas disputas dentro de relaciones de conflicto profundo, en términos de apropiación del excedente urbano. El riesgo consiste en que la categoría “conflicto” se utilice para referir a disputas explícitas entre actores e instituciones, donde la cuestión de fondo del poder de apropiación estructural quede opacada por el discurso de esos actores e instituciones, si se lo toma como equivalente a la verdad analítica.

En general, la homeostasis se presenta cuando se tiende a establecer modelos abstractos sobre la base de analogías orgánicas, como la del “tejido social”, o la que semeja un ciclo biologicista con lo sociocultural, como la del rumor de Edgard Morin, citado por Manuel Baeza y aplicado por Diego Solsona Cisternas (en esta compilación) al tema de los imaginarios urbanos. O en la homeostasis asumida de Jorge Gómez Balza, reivindicando “lo armónico conservador naturalizado” de una parte del imaginario de las ciudades venezolanas (Gómez Balza, en esta compilación; subr. AG).

Y también subyace en el paradigma del equilibrio e integración *a priori* considerados imprescindibles para la planificación en términos de construcción de “consenso comunitario” y “cohesión social y territorial en virtud de un desarrollo humano y comunitario armónico”, tal como lo plantea, por ejemplo, Óscar Basulto Gallegos (2012, p. 12), cuando afirma que solo si se responde a los imaginarios de la comunidad local habrá futuro promisorio territorial.

Respecto al planeamiento urbano la homeostasis renace a partir de la década de 1990, dentro del marco de competencia impuesto por la globalización y su paradigma dominante de visualizar las relaciones sociales como sinónimo de la “mano invisible” del mercado. La paradoja es que el rol estatal se abandona, pero a la par de la emblemización de la planificación con el aditamento de la participación comunitaria, plasmada en la consigna del “consenso entre las partes”, que da pie a la búsqueda de un “equilibrio”, que en rigor consolida las hegemonías precedentes (Leguizamón, 2011). La planificación y la participación son conceptualizadas como dispositivos asépticamente técnicos para lograr ese estado de integración y orden racional único y legitimado desde lo disciplinar (Gravano, 2012).

La asunción de la *comunidad integrada* que se asume como modelo ideológico desde el cual se ponderan dimensiones de directo registro empírico (lazos, redes, conflictos interpersonales y representaciones intergrupales, a nivel de los imaginarios) sería una muestra del riesgo que encierra la reducción y abstracción de estos niveles superficiales de la realidad desgajándolos de la totalidad y las contradicciones estructurales concretas.

CAUCIÓN CONTRA EL EXTERNISMO REPRODUCTIVISTA

Llamo *externismo reproductivista* al resultado de asumir ideológicamente lo urbano (o la ciudad, cuando se toman como sinónimos) como mero contexto, como algo externo a la densidad estructural, simbólica, histórica y política.

En esas posturas, en general, se describen las prácticas sociales más como trámites de reproducción que como contradicciones estructurales y dramas vividos, y si se detienen en estos es para aludir a una cuasi equivalencia entre esas prácticas y las representaciones de los actores, de modo que el trabajo de objetivación se reduce a la constatación de esa correspondencia. Esto además se articula con la supuesta equivalencia —o al menos la no existencia de una brecha constitutiva— entre las representaciones (sobre todo, sus verbalizaciones) de los actores con la teoría.

El resultado es que lo estructural adquiere la forma de algo externo a la vivencia de los actores y a sus modos de procesar socio-culturalmente sus posiciones en la estructura. Nuevamente cunde el dualismo, que parece obedecer a una concepción mecánica de lo estructural, cuando se lo toma como sinónimo de lo económico a secas, según —cuándo no— el sentido abstracto reduccionista y disciplinar.

Ahora bien, colocar lo estructural como algo externo a los procesos vividos también puede tener como efecto posicionar a lo imaginario como obstáculo para apartar epistemológicamente al objeto de la totalidad histórica (como categoría central de un enfoque dialéctico) y a las causas históricas, incluso en contraste con el “economicismo”.

Esta caución contra el idealismo de concebir a lo imaginario como externo a la totalidad se articula necesariamente con la caución contra lo estructural reducido a “lo económico”, escindido de lo imaginario en su acepción meramente reproductivista, y en oposición a concebirlos como contrarios en unidad.

Es decir, los que critican (o conciben) al marxismo por economicista, totalitario y “ortodoxo” y algunos que parecen suscribirlo, al externalizar las relaciones estructurales de la vida de los seres humanos concretos, lo terminan desguazando de su riqueza dialéctica y rupturista respecto a modelos dicotómicos, homeostáticos, funcionalistas e idealistas.

Tal como afirma Kimberly DeFazio (2002), el modelo dominante sobre lo urbano, siguiendo la lógica deconstructiva de la hibridez y la diferencia posmoderna, viene despojando a la ciudad de sus causas estructurales e históricas, destotalizando el análisis y convirtiendo, finalmente, esa posición (epistemológica, agrego yo) en una pos-teoría que en realidad está *en contra de la teoría* y se constituye de hecho en “una coartada del capital global”²³.

Como ejemplos de reproductivismo externalista se pueden citar las exacerbaciones acrílicas de conceptos como fragmentación, disputas, diferencias, diversidades, hibridaciones, tan comunes en la literatura de las ciencias sociales de las últimas tres décadas. Pero no solo eso. Componen una producción donde la construcción del objeto de análisis se despoja, a dos puntas, de la dimensión simbólico-imaginaria a la vez que de la estructura. Como resalta DeFazio, la estructura queda suspendida para los enfoques sobre imaginarios urbanos, las retóricas y la teoría de lo post, que toman como ‘lo concreto’ superficial las hibrideces, las diferencias, lo particular, reduciendo lo concreto a la pura empiria, es decir, a ese momento de la dialéctica del conocimiento que, con Kosik (y antes con Marx), puede aprenderse que solo constituye una evidencia acríticamente construida, al servicio de la opacidad, si no se la supera mediante el ascenso hacia lo concreto.

HASTA AQUÍ

En esta primera aproximación de cauciones epistemológicas del trabajo sobre imaginarios urbanos se entornaron, en principio, dos ejes: 1) el rol de las *cauciones*, ante *riesgos* de reduccionismos tanto de lo urbano cuanto de los imaginarios, y las *opciones* como resultado de sus aplicaciones; 2) la oposición entre el riesgo de encapsulamiento dentro de lo disciplinar y el enfoque dialéctico histórico-estructural de lo urbano y semiótico-histórico de los imaginarios, en un desplazamiento, o ascenso, de lo abstracto a lo concreto.

La primera caución apuntó contra la obsesión de que las categorías no se solapen por su uso, a partir de la combinación de posturas positivistas y encepadas en lo disciplinar, y el innovacionismo febril que pretende superar esos usos por la mera moda académica,

23 DeFazio fundamenta su crítica a la *pos-teoría* de lo urbano en que esta despoja al concepto de clase social del concepto de antagonismo y, por lo tanto, desplaza su valor explicativo en su relación con los medios de producción de la teoría marxista de la clase, en la que la posición de clase no es una relación subjetiva o imaginaria, ni una cuestión de ‘estilo de vida’ determinado por las prácticas del consumo, sino algo objetivamente determinado por la explotación del plusvalor.

como resultado de una mezcla paradójica de posturas entre vanguardistas y posmodernas. Como opción, aproximo la relación de unidad de contrarios y ascenso de los usos abstracto-restringidos a los concretos-amplios de lo imaginario y de lo urbano, a partir de la negatividad de las dimensiones conceptuales e históricas amparadas en las categorías de totalidad y contradicción interna.

La segunda caución se posiciona contra el dicotomismo en la concepción de lo urbano desde el sentido abstracto-restricto de lo físico-espacial hacia una visión amplia de lo concreto urbano histórico-estructural, y contra el dualismo respecto a lo imaginario. No hay urbe sin imagen de urbe es el principio de esta caución. Y, a la vez, el dualismo es cuestionado en su flanco culturalista, que reduce lo urbano a un estilo esencializado e indeterminado de conductas y valores, al que se atribuye la funcionalidad de ser variable independiente respecto a prácticas y representaciones de un modo de vida autocontenido y ahistórico.

Precisamente las dicotomías isomórficas de polos autocontenidos de raíz idealista se constituyen en la razón de la tercera caución, contra la homeostasis social, cuyos ejemplos más sintomáticos en el campo de la teoría y las asunciones urbanas resultaron ser, en términos clásicos, el vecinalismo y el comunitarismo, y hoy en día el reinado de las disputas.

Finalmente, la cuarta caución es la que se sitúa contra lo que llamo el *externismo reproductivista*, consistente en reconocer discursivamente a lo estructural pero como externo a la dimensión significacional y a la densidad del objeto de investigación, acotándolo a lo económico en su sentido más estrictamente reduccionista, disciplinar y abstracto, lo que da como resultado descripciones de la reproducción y la subordinación de lo imaginario a su reducido sentido especular, abstracto e indeterminado.

REFERENCIAS

- Basulto Gallegos, Ó. (2012). Construcción de valor territorial en el imaginario urbano. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 12(2), 115-126. Universidad de Santiago de Compostela.
- Bauman, Z.(2002).*La cultura como praxis*. Buenos Aires: Paidós.
- Boggs, R.(1955). Enfermedades infantiles de la ciencia del folklore. *Folklore Américas*, 15(1). University Of Miami Press.
- Carretero Pasín, Á.(2003). Postmodernidad e imaginario, una aproximación teórica. *A Parte Rei Revista de Filosofía*, 26, <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/carretero26.pdf>
- Carretero Pasín, Á.(2018).Dessimbolizaciónyresimbolización de la ciudad: en busca del espacio urbano perdido.
- Castells, M.(1974).*La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Childe, G.(1968).*Qué sucedió en la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DeFazio, K.(2002), “Pos teoría urbana, clase y ciudad”. En: *Redcritique*, <http://www.redcritique.org/> enero-febrero.
- Eagleton, T.(1997).*Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Eagleton, T.(2017a).*La cultura y la muerte de dios*. Buenos Aires: Paidós.
- Eagleton, T.(2017b).*Cultura*. Buenos Aires: Taurus.

- Elias, N.& Scotson, J.(2016).*Establecidos y marginados*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Godelier, M.(1989).*Lo ideal y lo material*. Madrid: Taurus.
- Gómez Balza, J.(2018).“El imaginario urbano y la obra de arte”.
- Gorelik, A.(2002). Imaginarios urbanos e imaginación urbana. Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos. *Eure*, 28(83). Santiago de Chile.
- Gravano, A.(2003).*Antropología de lo barrial, estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Gravano, A.(2005a) (comp.).*Imaginarios sociales de la ciudad media: emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas, estudios de Antropología Urbana*. Tandil-Olavarría: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Red de Editoriales de Universidades Nacionales.
- Gravano, A.(2005b).*El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Gravano, A.(2006). Imaginarios regionales y circularidad en la planificación: el caso del TOAR. En: *Intersecciones*, 7, 305-323. Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Gravano, A.(2008). “La cultura como concepto central de la Antropología”. En: Chiriguini, M.C. (comp.),*Apertura a la Antropología, alteridad, cultura, naturaleza humana*(pp. 93-122). Buenos Aires: Proyecto Editorial.
- Gravano, A.(2009). La proyección del enfoque etnográfico hacia la facilitación organizacional en procesos participativos de planificación urbana. *Horizontes Antropológicos*, 32, 81-114. Porto Alegre, Brasil. Programa de Pós Graduação em Antropologia Social.
- Gravano, A.(2011). ¿Vecinos o ciudadanos? El fenómeno NIMBY: participación social desde la facilitación organizacional. *Revista de Antropología*, 54(1), 191-230. Universidade de São Paulo, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Departamento de Antropología.
- Gravano, A.(2012a). Imaginarios urbanos y facilitación organizacional: estudio comparativo de casos. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, No. XI. Buenos Aires. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/index>.
- Gravano, A.(2012b). Imaginarios urbanos, planificación y participación institucional en la ciudad media: entre arcos y flechas. *Investigación+Acción*, 14, 87-110. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Gravano, A.(2013). “Homeostasis múltiple del sistema urbano, la gestión de servicios públicos y los imaginarios identitarios de ciudades medias: marcos y proyecciones”. IV Jornadas de Antropología Social del Centro Bonaerense, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Gravano, A.(2016a). “Tres hipótesis sobre la relación entre sistema urbano e imaginarios”. En: Silva, Ana; Boggi, Silvia & Gravano, Ariel: *Ciudades vividas: sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses*(pp. 69-90). Buenos Aires, Editorial Café de las Ciudades.
- Gravano, A.(2016b).*Antropología de lo urbano* (tercera edición). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Gravano, A.(2016c). Historia a medias e historias medias: imaginarios de *lo pueblerino* en el contexto de juicios al terrorismo de Estado. *Tabula Rasa*, 24, 303-324.

- Gravano, A.(2017). “Heterotopías morales y palimpsesto urbano en ciudades de escala media”. En: Bril Valeria, Sabugo Mario (eds.), *Arquitectura y ciudad: imaginarios fronterizos*(pp. 193-215). Buenos Aires: Editorial Diseño (ISBN: 978-987-4160-36-2).
- Guzmán Sandoval, D.(2018).“Entreverse en los márgenes urbanos: paisajes de la exclusión, estigmatización territorial y recelo social”.
- Harvey, D.(1977).*Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Harvey, D.(1989).*The Condition of Postmodernity*. Oxford: Basil Blackwell.
- Harvey, D.(2007).*Espacios del Capital. Hacia una Geografía Crítica*. Madrid: Akal.
- Harvey, D.(2013).*Ciudades rebeldes, del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- Ingold, T.(2013). La antropología en crisis (reportaje de Gustavo Castaing). *Clarín*, Buenos Aires, 8 de enero.Disponible en https://www.clarin.com/ideas/tim-ingold-antropologia-crisis_0_rkib57njPme.html
- Jameson, F.(1998).*Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trota.
- Kosik, K.(1967).*Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Lacarrieu, M.(2017). La “insoponible levedad” de lo urbano. *Eure*, vol. xxxiii(99), 47-64. Santiago de Chile.
- Lefebvre, H.(2013).*La producción del espacio*. Madrid: Swing.
- Leguizamón, H.(2011). “En torno a la gestión de procesos participativos”. En: *Construcción de la Ciudad*(pp. 193-198). Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ministerio de Desarrollo Urbano.
- Licona Valencia, E.(2003).*Producción de imaginarios urbanos, dibujos de un barrio*. Puebla: Universidad de Puebla.
- Lindón, A.(2007). “Diálogo con Néstor García Canclini. ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en las ciudades?”. En: *Eure*, xxxiii(99), pp. 5-6. Santiago de Chile.
- Lojkin, J.(1979).*El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- Lynch, K.(1966).*La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- Marx, C.(1964). Prólogo de la “Contribución a la crítica de la economía política”. En: Horowitz, Irvin (eds.), *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*(pp. 75-79), Buenos Aires: EUdeBA.
- Marx, C.(1971).*El capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Menéndez, E.(2012). “Búsqueda y encuentro: modas, narrativas y algunos olvidos”. En: *Cuadernos de Antropología Social*, 35, 29-53. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- Mons, A.(1992).*La metáfora social, imagen, territorio, comunicación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Palma, H.(2017). “Los límites de las ciencias: una metáfora difusa”. En: V. Bril yM. Sabugo (eds.), *Arquitectura y ciudad: imaginarios fronterizos*(pp. 239-261). Buenos Aires: Diseño Editorial.
- Santillán, A.(2018).“Imaginar fronteras, reconstruir desigualdades”.
- Sarquis, Jorge (1998). “La investigación proyectual, una teoría, metodología y técnica de formalización arquitectónica contemporánea”. En: *Documentos de Trabajo*, Centro Poiesis, Buenos Aires: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UBA.

- Silva, A.(1992).*Imaginarios urbanos, Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Solsona Cisternas, D.(2018).“La construcción imaginario-social del miedo en tiempos de catástrofe social”.
- Wallerstein, I.(2006). (coord.).*Abrir las ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.